

¡No, por Dios, no! Déjalos dormir... Mejor están durmiendo...

POSDATA.—Si me preguntas, amigo Mariano, por qué mezclo en este *montón* de RIPIOS ULTRAMARINOS los sonetos de dos vates peninsulares, te diré que por razón del asunto á que están dedicados, ó sea por la naturaleza de las víctimas; porque fueron disparados contra los boers, que, morando en el Africa Austral, desde que se hizo la cortadura del istmo de Suez, son ultramarinos en toda la extensión de la palabra.

XIII

Anda por Venezuela un *Libro de lectura* en varios cuadernos, de los cuales el señalado con el número 2 ha venido por casualidad á mis manos, si es que se puede llamar casualidad á la fina atención de un amigo.

Y como el tal cuaderno número 2, formado con trozos escogidos de obras de escritores americanos, contiene muchos versos ripiosos, que prueban lo malos poetas que son sus autores, y al mismo tiempo el mal gusto del coleccionador, voy á entresacar y presentar algunas muestras con los correspondientes comentarios, para escarmiento y enseñanza.

Lo primero que me chocó en el susodicho *Libro de lectura* fue el título, un tanto perogrullesco; porque *de lectura* suelen ser todos los libros.

Libro de lectura... ¡No, que será de comestibles!... ¡Qué cosas tienen algunos literatos! Y después también me chocó, por lo malo,

naturalmente, un soneto con el título bastante largo y en verso de seguidilla.

De esta figura:

«A UNA NIÑA LLORANDO
POR UNAS FLORES.»

«SONETO.

«Apenas niña, y el intenso duelo
Te llena el corazón de sinsabores...»

¿Que esto así solo no tiene sentido, dicen ustedes?

Claro que no; ni con lo que sigue tampoco.
Porque lo que sigue son estos dos versos:

«Y mil gotas de llanto, los fulgores
De tus ojos enturbian con un velo.»

Y aquí, punto final.

De manera que ya ven ustedes cómo estos versos últimos de nada sirven para la inteligencia de los dos de antes.

«Apenas niña, y el intenso duelo
Te llena el corazón de sinsabores...»

Para entender esto de alguna manera hay que suplir entre las dos primeras palabras un verbo, la segunda persona del presente de indicativo del verbo ser: «Apenas eres niña.»

Pero aun así tampoco se entiende bien;

porque no se sabe si llama el vate «apenas niña», á la aludida, porque todavía no lo es enteramente, ó porque hace poco que lo es, ó porque ya va dejando de serlo.

¡Apenas niña!...

«Apenas niña, y el intenso duelo
Te llena el corazón de sinsabores.»

Tampoco esto último está bien. Aun prescindiendo de lo de *apenas niña*, tampoco está bien lo que sigue.

Porque el duelo *intenso* no llena el corazón de sinsabores.

Al contrario, los sinsabores son los que llena de duelo el corazón.

Pero el vate Tovar... porque este vate, autor del soneto

«A una niña llorando
Por unas flores»,

se llama Pantaleón Tovar, y es mejicano; el vate Tovar tiene especial afición á decir las cosas al revés, porque sin duda le gustan más al revés que á derechas.

Por eso continúa su soneto diciendo:

«Y mil gotas de llanto, los fulgores
De tus ojos enturbian con un velo.»

¡Mentira!

Los enturbiarán con llanto, es decir, por sí mismas, las *mil gotas*, aunque algunas menos serán regularmente; pero no con un velo.

¿Dónde habían de ir las *mil gotas* por el *velo* para enturbiar con él los fulgores de los ojos de la *apenas niña*?

Nada; que no se le puede creer nada á este vate.

En el segundo cuarteto sigue hablando con la *apenas niña* y la dice en un verso vulgarote y cursi:

«Quien te hace padecer insulta al cielo...»

Y después de este verso pone puntos suspensivos y pregunta á la *apenas niña* todo esto que sigue:

«¿Por qué lloras?... ¿Qué anhelas?... ¿Quieres flores?»

Estas tres preguntas, bien claro se ve que son tres ripios.

La primera desde luego estaba de más, porque ya la había contestado el vate en el título del soneto.

¿No nos ha dicho allí que el soneto iba dedicado

«A una niña llorando
Por unas flores?»

Pues habiéndonos dicho ya eso al empezar,

¿qué necesidad tenía luego de preguntar á la *apenas niña* por qué llora?

¿Por qué ha de llorar?... Por unas flores. ¿No lo ha dicho usted antes?

Y sabiendo ya que la *apenas niña* lloraba por unas flores, ¿qué necesidad tenía tampoco de preguntarla qué anhelaba?...

Pues, naturalmente, anhelaba otras flores; y la pregunta segunda es otro ripio.

Y otro ripio es también la tercera. ¿Quieres flores?

¡Claro que las querrá! ¿Qué necesidad tiene el vate de preguntárselo, habiendo dicho ya que lloraba por ellas?

Quedamos, pues, en que las tres preguntas que forman el segundo verso del segundo cuarteto son tres ripios; y vamos adelante:

«Pues yo te las daré...»

Pues déselas usté.

Y mejor era que desde luego se las hubiera usted dado sin entretenerse á preguntarla.

«Pues yo te las daré; ¡pero no llores!...»

Así, entre admiraciones, pone el *pero no llores* el vate.

«Pues yo te las daré; ¡pero no llores!...
No llores, alma mía...»

Me parece que bastante era decirle *no llores* una vez, aunque fuera sin admiraciones. De modo que ese segundo *no llores* viene á ser otro ripio... ¡Y las admiraciones no digo nada!

Pero reproduzcamos el cuarteto junto:

«Quien te hace padecer, insulta al cielo...
¿Por qué lloras?... ¿Qué anhelas?... ¿Quieres flores?...
Pues yo te las daré; ¡pero no llores!...
No llores, alma mía; y si en el suelo...»

¡Adiós con mil diatres!

El pobre vate no pudo llenar los cuartetos con un pensamiento solo, ni con dos completos, ni con tres, ni con cuatro... y tuvo que meter á lo último un cacho de otro.

Que acabará de manifestar ó desarrollar luego en los tercetos, lo cual es cosa muy fea, porque denota mucha pobreza de númen. Vamos á ver en qué para.

«. ; y si en el suelo
No hallas quien bese la nevada seda
De esa tu frente que al amor convida...»

¡Qué ha de convidar, hombre!
¡Mire usted que una frente de seda convidará bien al amor!

«. ; y si en el suelo
No hallas quien bese la nevada seda
De esa tu frente que al amor convida,
Si no hay *en él* quien abrazarte pueda...»

¡Qué tonterías dicen algunos vates!

Por supuesto, que ese *pueda* final debía ser *quiera*, para que la cosa tuviera sentido, aunque malo; pero como el *quiera* no es consonante de *seda*...

Verdad es que también podía el vate, en vez de hacer *de seda* la frente de la *apenas niña*, habérsela hecho de *madera*, lo cual no era más impropio, ni tanto quizá, y entonces ya podía haber dicho *quiera* en lugar de *pueda*, sin daño de la rima.

¡Ah!, y es de advertir que ese *él* del último verso copiado, «si no hay en *él* quien abrazarte pueda», no es el amor, como á primera vista parece, y como pide la sintaxis...

A la cual, teniendo que habérselas con vates de estos, lo mismo la da pedir que no pedir, porque nunca la conceden lo que la corresponde.

Ese *él* es *el suelo* que quedaba ya allá atrás, á una legua.

«Si no hay en él...»

Es decir, en el suelo.

«Si no hay en él quien abrazarte pueda,
Ven á mi seno...»

¡Hombre, hombre!... ¿Pero usted tiene seno, vate?...

Verdad es que ya me encontré en otra ocasión con otro vate que tenía regazo... O por lo menos creía él que le tenía.

«Ven á mi seno; y beberé, mi vida...»

¿Qué querrá beber este insensato?...

XIV

En el mismo *Libro de lectura* que anda por Venezuela, me he encontrado con una *poesía* de Andrés Bello, muy larga, aunque no muy poesía, titulada *La Oración por todos*.

Me parece haber dicho ya en otra ocasión que Andrés Bello, á quien tienen los americanos todos y especialmente sus paisanos los de Venezuela, en gran predicamento, era un pedante, que de todo quería entender y de todo hablaba y escribía con tono doctoril, y hasta hacía versos dándose aires de gran poeta, de lo cual, sin embargo, no tenía más que los aires que él se daba.

Como prueba de que Bello no era poeta, sino un mal versificador, he citado ya en otro libro (1) unos versitos de su traducción de la oda de Horacio *O navis!* en donde nos pone al sol metiéndose por la noche en una alcoba

(1) En el titulado: DES-TROZOS LITERARIOS.